

MARIO BENEDETTI: NUESTROS SENTIMIENTOS EN LETRAS COLOQUIALES

Sebastián Gámez Millán

Mario Benedetti es una de las voces más populares de la poesía hispanoamericana de la segunda mitad del siglo XX. Además de por su estilo coloquial, una de las razones de su popularidad se debe a que algunos de sus poemas han sido cantados por Joan Manuel Serrat, Soledad Bravo, Daniel Viglietti o Nacha Guevara, entre otros. De entre sus numerosos y hermosos poemas de amor prefiero “Corazón coraza”, que manifiesta con realismo y sencillez las ambivalencias del amor, pero tanto este como otros suyos (“Asunción de ti”, “Amor, de tarde”...) fueron escritos antes de 1970. Por eso no lo pude seleccionar para mi ensayo *Cuanto sé de Eros. Concepciones del amor en la poesía hispanoamericana contemporánea* (UNED, 2021).

Integrante de la Generación del 45, a la que pertenecen Idea Vilariño y Juan Carlos Onetti, la variada y extensa obra de Mario Benedetti está compuesta por más de 80 libros en los que abordó prácticamente todos los géneros literarios: desde la poesía al ensayo, desde el artículo periodístico a la crítica cinematográfica, desde la novela al cuento o al drama. Entre los diferentes reconocimientos que recibió a lo largo de su trayectoria literaria podemos resaltar la Medalla Gabriela Mistral (1995), el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (1999), Medalla Pablo Neruda (2005), Premio Internacional Meléndez Pelayo (2005), así como Doctor honoris causa en universidades de distintos países (Cuba, España, Uruguay, Argentina). En lugar de “Corazón coraza”, el poema suyo que elegí en el mencionado ensayo es “Todavía”, que a mi parecer ilustra una de las más amables y generosas formas de Eros: el amor como afirmación del otro:

TODAVÍA

No lo creo todavía
estás llegando a mi lado
y la noche es un puñado
de estrellas y de alegría

palpo gusto escucho y veo
tu rostro tu paso largo
tus manos y sin embargo
todavía no lo creo

tu regreso tiene tanto
que ver contigo y conmigo
que por cábala lo digo
y por las dudas lo canto

nadie nunca te reemplaza
y las cosas más triviales
se vuelven fundamentales
porque estás llegando a casa

sin embargo todavía
dudo de esta buena suerte
porque el cielo de tenerte
me parece fantasía

pero venís y es seguro
y venís con tu mirada
y por eso tu llegada
hace mágico el futuro

y aunque no siempre he entendido
mis culpas y mis fracasos
en cambio sé que en tus brazos
el mundo tiene sentido

y si beso la osadía
y el misterio de tus labios
no habrá dudas ni resabios
te querré más
todavía¹.

A pesar del tono coloquial, Mario Benedetti sabe descubrir el genio de la lengua rastreando los lugares comunes para decir lo máximo con lo mínimo, en un estilo conversacional pero repleto de recursos y hallazgos, siempre con ironía y ternura. Compuesto en ocho cuartetos, observemos cómo canta y celebra aquí el regreso de la persona amada.

El título es tan breve como polisémico, “Todavía”. A lo largo del poema se repite el término cinco veces. Por un lado, puede indicar lo que todavía le lleva a sentir; por otro, la esperanza que le suscita, el futuro que se abre. Pero al mismo tiempo es la última palabra con la que se cierra el poema en un círculo perfecto: “te querré más / todavía”, donde este adverbio

¹ Benedetti, Mario, “Todavía”, en *Poemas de otros* (1973-1974), reunido en *Antología poética*, Madrid, Alianza, 1999, pp. 133-134.

significa a la vez: aún y aún más si cabe. ¿Qué es amar sino querer siempre más?

(C) ArtsDot.com - Constantin Brancusi - The Kiss

El beso (1909), Constantin Brancusi.

En los dos primeros cuartetos expresa la incredulidad de su retorno (“No lo creo todavía”), empleando una metáfora preposicional que a la par que describe el espacio refleja su estado de ánimo: “y la noche es un puñado / de estrellas y alegría”. La incredulidad que le provoca su retorno lo manifiesta con ironía: “palpo gusto escucho y veo / tu rostro tu paso largo / tus manos y sin embargo / todavía no lo creo”.

Llama la atención la deliberada falta de comas y puntos, que obliga al lector a colaborar más con el texto estableciendo las pausas para una adecuada comprensión. El yo poético sabe que “tu regreso tiene tanto / que ver contigo y conmigo”, pues el amor es siempre una relación dialógica donde si no hay comunicación y reciprocidad difícilmente puede mantenerse.

“Nadie nunca te reemplaza / y las cosas más triviales / se vuelven fundamentales / porque estás llegando a casa”. En este cuarto cuarteto enuncia una de las cualidades del amor: es irremplazable. Nada ni nadie puede sustituirlo, hasta tal punto que lo que nos rodea cobra otra dimensión en su presencia: lo que antes se nos antojaba insignificante ahora nos resulta esencial.

¿A qué se debe, a la otra persona o al amor que despierta en nosotros? Quizá a ambos, pero cuando nos abandona Eros esa persona ya no es irremplazable ni posee entonces el poder de cambiar con su presencia cuanto nos rodea, por lo que sin pretender caer en una postura subjetivista, me inclino a sospechar que es el amor el que nos transforma. ¿Se podría atribuir a la ceguera que nos produce el deslumbramiento del amor?

Sí, pero a su vez no descartemos otra hipótesis que no es incompatible: gracias al amor llegamos a percibir al otro en su irrepetible singularidad. El amor puede cegarnos en algunos aspectos, ciertamente, pero también nos permite ver, comprender y experimentar fenómenos que pasaban desapercibidos antes de su encuentro. Una de las grandes pensadoras del amor durante el siglo XX, Simone Weil, anotó en sus *Cahiers*: “De todos los seres humanos, sólo reconocemos la existencia de aquéllos a los que amamos”².

¿No cabe establecer a partir de aquí una conexión recíproca entre el amor y la conciencia personal? Repito: gracias al amor vemos y llegamos a ser vistos en nuestra irrepetible singularidad. Sin el amor no alcanzaríamos a ver al otro así; sin el amor tampoco experimentaríamos la pasión que nos impulsa a querer encarnar esa imagen de sí que vemos en nosotros gracias al otro.

² Weil, Simone, *La gravedad y la gracia*, trad. Carlos Ortega, Madrid, Trotta, 2007, p. 106.

Más, siguiendo con el poema, al yo poético, como buen amante, no deja de asistírle la duda: “sin embargo todavía / dudo de esta buena suerte / porque el cielo de tenerte / me parece fantasía”. Nunca se está completamente seguro del amor del otro, de poseerlo, dominarlo. De ahí las vacilaciones del yo poético. Ahora bien, como hemos argumentado antes, querer poseer o dominar al otro es perjudicial para el amor y, por lo tanto, para ambos. “Lo bello es lo que no cabe querer cambiar. Dominar es manchar. Poseer es manchar”³. Son modos de instrumentalización y cosificación del otro.

Confiesa en el penúltimo cuarteto que, “aunque no siempre he entendido / mis culpas y fracasos / en cambio sé que en tus brazos / el mundo tiene sentido”. Una de las principales motivaciones por las que amamos y esperamos ser amados es porque en esta experiencia descubrimos el sentido del mundo. Por lo que se refiere al sentimiento de culpa, sabemos que a veces aparece sin que nosotros seamos responsables de ella, de la misma manera que con frecuencia nos desprendemos de ella y se la atribuimos a los otros.

Así, entre sobresaltos de alegría y fluctuaciones acerca de cuánto tiempo permanecerá el amor, llegamos al último cuarteto, en el que con una anáfora recupera y acelera el ritmo: “y si beso la osadía / y el misterio de tus labios / no habrá dudas ni resabios / te querré más todavía”. Las nubes de la incertidumbre pueden desaparecer con el beso porque detrás de este hay mucho más que un movimiento de nuestros labios y de la lengua por el que nos adentramos en el otro: es la confirmación del deseo, y una promesa de amor.

Como se preguntaba el filósofo Alain Montandon: “¿No resulta sorprendente, al mismo tiempo que maravilloso, el hecho de que un simple contacto labial traduzca, con un realismo de tal intensidad, los más secretos movimientos de nuestra alma, nuestras sensaciones más esquivas, además de nuestros sentimientos, todos ellos de una diversidad y una variabilidad infinitas?”⁴

Desde un punto de vista físico, más allá del placer, un beso es un contacto entre dos cuerpos; el beso llega a ser lo que es por lo que significa, detrás de lo cual hay toda una mitología cultural y personal. No es fortuito que cuando procuramos expresar sentimientos íntimos recurramos a gestos corporales antes que a palabras: estas últimas delimitan, el lenguaje corporal deja abierta la infinitud a la que apunta el amor.

¿No es a esa infinitud de amor a la que apuntaba “Corazón coraza”? El ensayista László Földényi lo expresó con acierto: “¿Cómo y por qué se enamora el ser humano? La pregunta no tiene ningún sentido, porque el

³ Weil, Simone, 2007, *op. cit.*, p. 107.

⁴ Montandon, Alain, *El beso. ¿Qué se esconde tras este gesto cotidiano?*, Trad. Ernesto Junquera, Madrid, Siruela, 2007, p. 13.

enamorado sólo podría enumerar motivos tangibles, y aunque fueran millones, nunca agotarían esa totalidad sensible que es el objeto del amor”⁵. Es decir, por mucho que nos empeñemos en ofrecer razones del amor, nunca daremos con la última ni terminaremos, lo que acaso revele el fondo irracional del amor y del ser humano, aunque por otra parte tampoco podamos ni convenga prescindir de la razón.

Dejando de lado el amor, si es posible, y volviendo a Benedetti, descubrí su poesía en una Antología de poesía amorosa universal. Tendría unos 15 o 16 años. Era “Corazón coraza”. Me deslumbró hasta tal punto que lo leí y lo releí una y otra vez, y de repente me vi escribiendo unos versos que lo imitaban clarísimamente. Pero, eso sí, añadí un epifonema que sonaba más o menos así: “Porque todas las razones no bastan para decir lo que te quiero”. Se diría que casi lo plagiaba, salvo que era inconsciente, fruto tal vez de aquellas febriles lecturas. Pero ¿quién conocía la poesía de Mario Benedetti? Y más aún a aquella edad de la adolescencia.

Más tarde averigüé que ese intento de apropiarme de la poesía de otros lo llamaría el crítico Harold Bloom “ansiedad de la influencia”. Aunque reconozco elementos de conflicto en el hecho de confrontarse, si es que cabe denominarlo así en mi caso, uno prefiere designarlo impulso de admiración. Pues es precisamente la admiración por esos logros poéticos la que me impulsa a emularlos, en aquellas edades casi sin pudor; a estas alturas, con más cuidado y disimulo. Mira que hay mucha policía crítica que censura por ahí.

En definitiva, aunque algunos poetas más elitistas quieran poner en tela de juicio la concepción de la poesía de Mario Benedetti, cuando lo popular no siempre tiene por qué ser populista, nunca le agradeceremos suficientemente haber contribuido a que esta golpee en la puerta del pecho de tantos seres humanos de diversas culturas y creencias; nunca le agradeceremos suficientemente que le haya puesto letra a nuestros sentimientos, con la que nos comprendemos y comunicamos como acaso no sabíamos hacerlo antes de nuestro encuentro con su poesía. Permítanme concluir con “Corazón coraza” y seguir soñando quizá con que lo escribí yo con 15 o 16 años:

“Porque te tengo y no
 porque te pienso
 porque la noche está de ojos abiertos
 Porque la noche pasa y digo amor
 porque has venido a recoger tu imagen
 y eres mejor que todas tus imágenes
 porque eres linda desde el pie hasta el alma
 porque eres buena desde el alma a mí

⁵ László Földényi, *Melancolía*, trad. Adan Kovacsics, Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 2008, p. 259.

porque te escondes dulce en el orgullo
pequeña y dulce
corazón coraza

porque eres mía
porque no eres mía
porque te miro y muero
y peor que muero
si no te miro amor
si no te miro

porque tú siempre existes dondequiera
pero existes mejor donde te quiero
porque tu boca es sangre
y tienes frío
tengo que amarte amor
tengo que amarte
aunque esta herida duela como dos
aunque te busque y no te encuentre
y aunque
la noche pase y yo te tenga
y no⁶.

⁶ Benedetti, Mario, *Antología poética*, Madrid, Alianza, 1999, pp. 51-52.